



H. P. Lovecraft

# El Descendiente

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL DESCENDIENTE

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1938  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

Esta edición del relato *El descendiente* ha sido traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés disponible en [en.wikisource.org](http://en.wikisource.org).

# EL DESCENDIENTE

H. P. LOVECRAFT

Escribiendo en lo que mi médico me dice que es mi lecho de muerte, mi más horrible temor es que el hombre esté equivocado. Supongo que parece que me enterrarán la semana que viene, pero...

En Londres hay un hombre que grita cuando suenan las campanas de la iglesia. Vive solo con su gato rayado en Gray's Inn, y la gente lo llama inocentemente loco. Su habitación está llena de libros de la clase más mansa y pueril, y hora tras hora trata de perderse en sus endebles páginas. Lo único que busca en la vida es no pensar. Por alguna razón, el pensamiento le resulta muy horrible, y todo lo que despierta la imaginación lo rehúye como una plaga. Está muy delgado, gris y arrugado, pero hay quienes declaran que no es tan viejo como parece. El miedo tiene sus horribles garras encima de él, y un sonido le hace sobresaltarse con los ojos fijos y la frente empapada de sudor. Evita a sus amigos y compañeros, pues no desea responder a ninguna pregunta. Los que lo conocieron como erudito y esteta dicen que es muy lamentable verlo ahora. Los abandonó a todos hace años, y nadie está seguro de si abandonó el país o simplemente se perdió de vista en algún camino

oculto. Hace ya una década que se mudó a Gray's Inn, y de dónde había estado no quiso decir nada hasta la noche en que el joven Williams compró el Necronomicón.

Williams era un soñador, y sólo tenía veintitrés años, y cuando se mudó a la antigua casa sintió una extrañeza y un soplo de viento cósmico en el hombre gris y marchito de la habitación de al lado. Forzó su amistad allí donde los viejos amigos no se atrevían a forzar la suya, y se maravilló del miedo que se apoderaba de aquel observador y oyente demacrado y ojeroso. Nadie podía dudar de que aquel hombre siempre observaba y escuchaba. Observaba y escuchaba con la mente más que con los ojos y los oídos, y se esforzaba a cada momento por ahogar algo en su incesante lectura de novelas alegres e insulsas. Y cuando sonaban las campanas de la iglesia, paraba los oídos y gritaba, y el gato gris que vivía con él aullaba al unísono hasta que el último tañido se apagaba reverberantemente.

Pero por mucho que Williams lo intentara, no podía hacer que su vecino hablara de nada profundo u oculto. El anciano no estaba a la altura de su aspecto y sus modales, sino que fingía una sonrisa y un tono ligero y parloteaba febril y frenéticamente de alegres nimiedades; su voz aumentaba y se engrosaba a cada momento hasta que al final se desdoblaba en un falsete chirriante e incoherente. Sus observaciones más triviales dejaban claro que su conocimiento era profundo y exhaustivo, y Williams no se sorprendió al oír que había estado en Harrow y Oxford. Más tarde se supo que no era otro que lord Northam, de cuyo antiguo castillo hereditario en la costa de Yorkshire se contaban tantas cosas extrañas; pero cuando Williams intentó hablar del castillo y de su supuesto origen romano, se negó a admitir que hubiera algo inusual en él. Incluso se rió cuando se mencionó el tema de las supuestas criptas subterráneas, excavadas en el sólido peñasco que se asoma al Mar del Norte.

Así transcurrieron las cosas hasta aquella noche en que Williams trajo a casa el infame Necronomicón del loco árabe Abdul Alhazred. Sabía de la existencia del temido volumen desde sus dieciséis años, cuando su incipiente afición por lo extraño le había llevado a hacer extrañas preguntas a un viejo librero de Chandos Street; y siempre

se había preguntado por qué los hombres palidecían cuando hablaban de él. El viejo librero le había dicho que sólo se conocían cinco ejemplares que habían sobrevivido a los escandalosos edictos de los sacerdotes y legisladores contra él, y que todos ellos estaban encerrados con temeroso cuidado por los custodios que se habían aventurado a iniciar la lectura de la odiosa letra negra. Pero ahora, por fin, no sólo había encontrado un ejemplar accesible, sino que lo había hecho suyo por una cifra ridículamente baja. Estaba en una tienda de judíos en los escuálidos recintos del mercado de Clare, donde a menudo había comprado cosas extrañas antes, y casi imaginó que el viejo y nudoso levita sonreía entre marañas de barba cuando se hizo el gran descubrimiento. La voluminosa funda de cuero con el broche de latón había quedado tan a la vista, y el precio era tan absurdamente bajo.

El único vistazo que había echado al título fue suficiente para que se sintiera transportado, y algunos de los diagramas incluidos en el vago texto en latín despertaron los más tensos e inquietantes recuerdos en su cerebro. Sintió que era muy necesario llevar el pesado objeto a casa y comenzar a descifrarlo, y lo sacó de la tienda con tal precipitación que el viejo judío se rió inquietantemente detrás de él. Pero cuando por fin estuvo a salvo en su habitación, encontró que la combinación de letras negras y lenguaje degradado era demasiado para sus facultades como lingüista, y de mala gana pidió ayuda a su extraño y asustado amigo con el retorcido latín medieval. Lord Northam estaba diciendo inanidades a su gato rayado, y se sobresaltó violentamente cuando entró el joven. Luego vio el volumen y se estremeció salvajemente, y se desmayó por completo cuando Williams pronunció el título. Fue cuando recuperó el sentido que contó su historia; contó su fantástica invención de locura en frenéticos susurros, para que su amigo no se precipitara a quemar el libro maldito y diera amplia difusión a sus cenizas.

Debía de haber, susurró lord Northam, algo que no funcionaba bien al principio; pero nunca habría llegado a un punto crítico si no hubiera explorado demasiado. Era el decimonoveno barón de un linaje cuyos comienzos se remontaban incómodamente al pasado; increíblemente lejos, si se podía hacer caso a una vaga tradición, ya que existían relatos familiares de una ascendencia que se

remontaba a los tiempos pre-sajones, cuando un tal Lunaeus Gabinius Capito, tribuno militar de la Tercera Legión Augusta, estacionada entonces en Lindum, en la Britania romana, había sido expulsado sumariamente de su mando por participar en ciertos ritos no relacionados con ninguna religión conocida. Según el rumor, Gabinio había dado con una caverna en un acantilado donde se reunía gente extraña y hacía el Signo del Anciano en la oscuridad; gente extraña que los británicos no conocían más que por miedo, y que eran los últimos supervivientes de una gran tierra en el oeste que se había hundido, dejando sólo las islas con los raths y círculos y santuarios de los que Stonehenge era el más grande. No había certeza, por supuesto, en la leyenda de que Gabinio había construido una fortaleza inexpugnable sobre la cueva prohibida y había fundado una línea que los pictos y los sajones, los daneses y los normandos eran incapaces de borrar; o en la suposición tácita de que de esta línea surgió el audaz compañero y lugarteniente del Príncipe Negro a quien Eduardo Tercero creó Barón de Northam. Estas cosas no eran seguras, pero se contaban a menudo; y en verdad la mampostería de la Fortaleza de Northam se parecía alarmantemente a la del Muro de Adriano. De niño, lord Northam había tenido sueños peculiares cuando dormía en las partes más antiguas del castillo, y había adquirido el hábito constante de buscar en su memoria escenas medio deformes y modelos e impresiones que no formaban parte de su experiencia de vigilia. Se convirtió en un soñador que encontraba la vida insípida e insatisfactoria; un buscador de reinos y relaciones extrañas que antes le eran familiares, pero que no se encontraban en las regiones visibles de la tierra.

Lleno de la sensación de que nuestro mundo tangible no es más que un átomo en un tejido vasto y ominoso, y de que los dominios desconocidos presionan e impregnan la esfera de lo conocido en cada punto, Northam, en su adolescencia y en su juventud, agotó a su vez las fuentes de la religión formal y del misterio oculto. Sin embargo, en ningún lugar pudo encontrar tranquilidad y satisfacción; y a medida que envejecía, la rigidez y las limitaciones de la vida le resultaban cada vez más enloquecedoras. Durante los años noventa hizo incursiones en el satanismo, y en todo momento devoró con

avidez cualquier doctrina o teoría que pareciera prometer una escapatoria de las estrechas vistas de la ciencia y de las invariables leyes de la naturaleza. Libros como el relato comercial de Ignatius Donnelly sobre la Atlántida los absorbía con entusiasmo, y una docena de oscuros precursores de Charles Fort lo cautivaban con sus veleidades. Viajaba leguas para seguir una furtiva historia de un pueblo de maravillas inusuales, y una vez se adentró en el desierto de Arabia para buscar una ciudad sin nombre de la que nunca se ha hablado. Surgió en su interior la tentadora fe de que en algún lugar existía una puerta fácil, que si se encontraba le permitiría acceder libremente a esas profundidades exteriores cuyos ecos resonaban tan tenuemente en el fondo de su memoria. Puede que esté en el mundo visible, pero puede que sólo esté en su mente y en su alma. Tal vez tuviera dentro de su propio cerebro a medio explorar ese vínculo críptico que le despertaría a vidas anteriores y futuras en dimensiones olvidadas; que le uniría a las estrellas, y a los infinitos y eternidades más allá de ellas.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA**  
**WEB**